

Prólogo

Permítame el lector, si lo desea, tomar prestadas las palabras del gran jugador de béisbol Lou Gehrig en su discurso de despedida pronunciado en el Estadio de los Yankees de Nueva York poco después de que le dijeran, a los treinta y seis años de edad, que se acercaba al final de su vida. *Hoy me considero el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra.*

Yo también, y lo soy.

Tenía más o menos la misma edad que Lou cuando, en 2006, en el apogeo de mi carrera docente, me diagnosticaron un tumor cerebral y me dieron unos meses de vida. Han pasado siete años, y aquí sentado en mi casa de Nueva Orleans, tullido y casi ciego, me siento afortunado por poder apreciar todavía la belleza de las magnolias rosadas al otro lado de la ventana, y contemplar a mis seres queridos, y reír con mis amigos, y tener esta posibilidad de compartir mi historia.

Soy realista. No hay ninguna razón de que todavía esté vivo. La enfermedad no me permite olvidar que será *ella*, y no yo, quien en última instancia gane este duelo de voluntades. Sé que el cáncer se saldrá con la suya, y será más pronto que tarde.

Pero mientras mi vista disminuye y mi mundo se hace cada vez más oscuro, mientras mis brazos se debilitan hasta el punto de que ya no puedo sostener un tenedor para alimen-

tarme, y mis piernas se atrofian, he decidido pasar el limitado tiempo que pueda quedarme de la única manera que sé: con alegría.

Ya no puedo gobernar una clase como antaño. Pero mi esperanza es que compartir mis experiencias y lecciones, sobre todo cuando muera, sirva para recordar a otros el carácter precioso de la vida. Nunca lo he apreciado tanto como ahora que me queda tan poco tiempo.

Y de nuevo tomo prestadas las palabras del que fuera apodado el Caballo de Hierro del béisbol en su discurso de despedida:

Concluyo, pues, diciendo que puede que haya tenido mala suerte, pero tengo un montón de cosas por las que vivir.

Hasta que deje de respirar, también yo las tendré.

1

Me zumbaba el oído izquierdo. No pensaba mucho en ello, excepto porque resultaba tan irritante como uno de esos fastidiosos mosquitos que zumban alrededor de la cabeza como un carrusel de sillas voladoras en un parque de atracciones. Solo que este zumbido estaba *dentro* de mi cabeza. Traté de ignorarlo, hasta que un día, unos meses después de que se iniciara, el sonido se convirtió en un temblor que empezó en la cara y luego descendió por todo el lado izquierdo de mi cuerpo, extendiéndose más tarde hasta la punta de los dedos del pie. *Menasche* —me dije—, *es hora de ir a ver al médico*. Paula me pidió hora. Ella era la encargada en nuestro matrimonio de todo lo que implicaba organización. Sin Paula, las luces se apagarían antes de que yo recordara que no se había pagado el recibo de la electricidad.

Fui a mi médico de cabecera, quien me envió a un otorrino, quien a su vez decidió que tenía que ver a un neurólogo. El nombre de este último era doctor Paul Damski. Era joven, no debía de ser mucho mayor que yo, que entonces tenía treinta y cuatro años, y parecía frío y directo. La clase de tipo que me gusta. Yo esperaba que atribuyera mis síntomas a un pinzamiento o un tic nervioso, pero en lugar de eso pidió una batería de pruebas. Todas ellas se escribían con siglas. EEG. ECG. TAC. IRM. Experimenté una enorme sensación de alivio

cuando las tres primeras salieron bien. El doctor Damski afirmó que la última, la IRM, o imagen por resonancia magnética, sin duda iba a decirnos algo. Habría de esperar unos días para tener el resultado. A nadie le gusta la parte de la espera, y yo no soy ninguna excepción. De modo que me concentré en lo único que sabía que podría ocupar mi mente mientras tanto. Me sumergí en mi trabajo.

Al Coral Reef Senior High School le llaman la «escuela mega-imán» de Miami* no sin una buena razón, puesto que atrae a alumnos de todo el país que compiten para entrar en una de sus seis academias preuniversitarias: Bachillerato Internacional, Agronomía e Ingeniería, Empresa y Finanzas, Derecho y Asuntos Públicos, Ciencias de la Salud, y Artes Visuales y Escénicas. La selección se realiza por sorteo, excepto en la Academia de Artes Visuales y Escénicas. Los alumnos de esta última han de pasar una audición para entrar, y la competencia es feroz. Con tantos aspirantes a artistas, la atmósfera es muy parecida a lo que puede verse en la película *Fama*. Chicas y chicos están constantemente practicando canciones y pasos de baile en los pasillos. Estando allí no podías por menos que ponerte de buen humor. Hasta que caí enfermo, no había faltado ni un solo día.

Yo fui uno de los miembros originarios del cuerpo docente cuando se inauguró la escuela en 1997. Era mi primer trabajo en la enseñanza, y, honestamente, a mis veinticinco años de edad yo no era mucho mayor que mis alumnos. Pasé la mayor

* En inglés, Miami's Mega-Magnet. En el sistema de enseñanza estadounidense, las *magnet schools* (lit. «escuelas imán») son escuelas públicas de enseñanza elemental, media o secundaria con cursos o currículos especializados, que «atraen» a alumnos de determinados ámbitos territoriales más o menos extensos, de uno o varios distritos educativos. (*N. del T.*)

parte de los dieciséis años que estuve allí enseñando niveles superiores y avanzados de lengua y literatura inglesa. Me gustaba observar cómo aquellos muchachos de quince y dieciséis años de edad afrontaban las que serían las primeras grandes decisiones de su vida —futuro profesional, relaciones, dónde vivir, a qué universidades asistir y qué estudiar— al mismo tiempo que aprendían a conducir, conseguían sus primeros empleos, y experimentaban con las drogas, el alcohol, el sexo, la identidad y la libertad. Es este un momento trascendental para los chicos. Milagrosamente, aunque empiecen a adquirir independencia y a menudo se sientan ansiosos de más, la mayoría de ellos aún no están hartos de la escuela. Y yo me sentía muy privilegiado por formar parte de su metamorfosis.

Una forma en la que traté de mostrar mi afán de no ser solo otro profesor más para aquellos chicos era tener siempre mi aula abierta. Normalmente había entre media y una docena de alumnos que se pasaban por allí durante la hora de comer. Muchos días había alguien ensayando un papel o cantando o bailando, o tocando el violín o la guitarra. Salvo en los momentos en que entraba algún alumno o alumna llorando por un amor despechado o una mala nota, y esto ocurría por lo general antes o después de la escuela, había un ambiente de júbilo.

Así era también el día en que me dieron el diagnóstico.

Era el día antes de Acción de Gracias, mi fiesta preferida. Estaba sentado en mi escritorio con mi mejor compañera de trabajo, Denise Arnold, que también enseñaba inglés de nivel avanzado. Denise es menuda y come como un pájaro. Cuando comía, normalmente optaba por tomarse unos cuantos M&M's*

* Caramelos con pequeños pedazos de chocolate revestidos de azúcar. (*N.del T.*)

que guardaba en una bolsa que escondía en su escritorio. Yo solía comprar algo saludable a la hora de comer y trataba de avergonzarla para que tomara algún bocado. Aquel día nos partíamos una ensalada de la cafetería y bromeábamos acerca de lo afortunados que éramos porque esta vez teníamos pepino en nuestro recipiente de plástico con lechuga iceberg lacia y picatostes reventados. Los chicos entraban y salían. Cuando estábamos terminando, sonó mi teléfono móvil con el tono del viejo videojuego de Mario Bros. Abrí la tapa y vi el número de mi médico en la pantalla.

—¿Sí? —dije, levantándome de mi escritorio.

—Soy la enfermera del doctor Damski —respondió en tono lastimoso la voz al otro extremo del teléfono—. Han llegado los resultados de su prueba.

Supongo que es mi naturaleza optimista, pero siempre espero que las cosas salgan bien.

—¡Ah! —dije alegremente—. ¡Estupendo! ¿Y qué tal?

Ella vaciló justo lo suficiente para que yo sintiera estremecerse el corazón.

—No —respondió—. Tiene que venir. Y tiene que acompañarle alguien.

Me sentí como si me hubiera dado una patada en la barriga.

—Estoy en la escuela y no podré ir hasta más tarde —le dije.

Sin duda el miedo juega con nuestra mente. Creo que yo esperaba que, diciendo que no podía ir allí en aquel momento —aferrándome a la normalidad de mi vida ante aquella llamada telefónica—, podría hacer que el resultado fuera distinto. Que la enfermera dijera *¡Ah!, no hay problema, quedemos en otro momento*. Pero no lo hizo.

—No se preocupe por la hora —dijo—. El doctor le esperará.

Ahora me estaba dando la patada en la barriga con una bota de tacos.

—De acuerdo —respondí.

Cerré de golpe la tapa de mi teléfono y me volví hacia Denise. Tenía la boca abierta y los ojos como platos de aprensión.

—Han llegado mis pruebas —le expliqué—. Dicen que tengo que ir para que me den los resultados. Eso tiene que significar que son malas noticias.

Mi amiga me miró con expresión tranquilizadora.

—Todo irá bien, David —me dijo—. Lo sé. ¡Venga! Tú eres invencible.

No sé cómo aguanté mis clases aquella tarde. Recuerdo que hubo momentos en que estaba tan enfrascado en los debates con mis alumnos que de hecho me olvidé del médico. Al final de la jornada fui andando hasta el aparcamiento en compañía de Denise. Hablamos acerca de lo que podría venir y de mi capacidad de aguante, y cosas así. Cuando llegamos a mi coche, me volví hacia ella y le dije:

—Esta es la última vez que las cosas van a ser normales.

¡Si pudiera haber congelado el tiempo...!

Me deslicé tras el volante del coche, subí el volumen de la radio, y me dirigí hacia el norte por la autopista Palmetto para recoger a mi esposa. Paula es profesora de historia en otro instituto de secundaria de Miami. Ella no tenía permiso de conducir, de modo que yo la llevaba al instituto y luego la recogía. Era nuestra rutina. Como siempre, cuando llegué estaba esperándome fuera. Saltó al asiento del pasajero, y yo bajé la música y le di la noticia.

Ella intentó mantener la calma, pero era evidente que estaba tan aterrorizada como yo.

El trayecto hasta la consulta del médico parecía eterno, pero para mí iba demasiado rápido. Yo no dejaba de pensar en

que, cuanto más pudiera retrasar el momento de oír lo que él tenía que decirme, durante más tiempo podría fingir que todo iba a ir bien. Tenía la boca reseca y un nudo en el estómago. Paula intentaba charlar sobre su jornada y yo le agradecía el esfuerzo, pero no escuchaba ni una sola palabra. Solo movía la cabeza arriba y abajo asintiendo. Y tratando de coger aliento.

Tal como había prometido, el doctor Damski estaba allí cuando llegamos. La enfermera nos señaló su despacho sin establecer contacto visual. La puerta del despacho estaba abierta. Cuando Paula y yo entramos, el doctor estaba sentado detrás de su escritorio. Llevaba el pelo, de color castaño, más corto que la última vez que lo había visto, y vestía una bata blanca, con un estetoscopio colgado al cuello.

—Tomen asiento —dijo, señalando las dos sillas de vinilo de color canela y marrón de delante de su escritorio. Empezó a hablar en términos médicos que yo no entendí. ¿*Glioblastoma multiforme*? Ni siquiera podía pronunciarlo, y mucho menos entender lo que significaba—. Bueno —añadió el doctor Damski—, déjenme que se lo enseñe.

Detrás de él, un gran monitor de ordenador mostraba una imagen de aspecto siniestro. A mí me recordó al test de Rorschach, una gran masa informe y tortuosa negra, blanca y gris. El doctor se volvió hacia el monitor y la señaló.

—Este es su cerebro —dijo como si tal cosa.

Recoloqué mi silla para ver mejor, y Paula se levantó y se quedó de pie detrás de mí. Yo no tenía ni idea de qué estaba mirando. Él señaló una masa blanca sobre un fondo gris. A mí me pareció algo como lo que uno podría ver en la información meteorológica: una nube de huracán en la pantalla de un radar Doppler. El huracán de mi cabeza —dijo el médico— era un tumor. Eso estaba bastante claro, pero yo tenía un millón de preguntas. El profesor que hay en mí asumió el mando.

—Entonces, ¿eso qué significa? —pregunté—. ¿Es benigno?
¡Buen intento!

El doctor Damski dejó su carpeta sujetapapeles y su pluma, y me miró directamente a los ojos. Se agitó incómodo en su silla.

—Ningún tumor cerebral es benigno —dijo.

—¿Es canceroso?

—Sí, es cáncer.

Más valdría que me hubiese golpeado en el plexo solar. Me quedé sin aire. Derrotado. Vacío. Viendo el terror en mi rostro, el doctor trató de suavizar el golpe que acababa de asestarme.

—Pero todavía no sabemos mucho, David —dijo—. Tenemos que hacer una biopsia. —¿Una biopsia para qué? Él ya había dicho que era cáncer—. Necesitamos más información —añadió el doctor—. Queremos saber lo rápido que crece. A lo mejor lleva ahí veinte años y crece muy despacio.

De acuerdo —pensé—. *Puedo afrontar una biopsia*. Entonces yo no sabía que eso significaba quitarme una parte del cráneo.

—¿Puede esperar hasta las vacaciones de verano? —pregunté.

Él frunció los labios, como hacía yo a veces cuando uno de mis alumnos formulaba una pregunta que parecía especialmente ingenua.

—No, eso es demasiado tiempo —respondió.

—De acuerdo. ¿Qué tal si esperamos hasta las vacaciones de Navidad? Solo falta un mes.

—Sinceramente, no sé si aguantará tanto —respondió.

Me aparté de él de un salto como si me hubieran abofeteado. Y las bofetadas siguieron sucediéndose. Sin tratamiento, tenía una esperanza de vida de unos dos meses, añadió el doc-

tor Damski. Miré a mi alrededor fijándome en su despacho. Las paredes estaban pintadas del color de la ropa de hospital, aunque en un tono más apagado, y la decoración era un póster de la médula espinal y el cerebro. En un rincón había una mesa de examen de acero inoxidable cubierta de un limpio papel blanco. ¡Era todo tan frío y aséptico...! ¿No deberías estar como mínimo en un entorno confortable cuando alguien te dice que vas a morir?

—¿Cuánto tiempo podré seguir siendo yo? —pregunté. Pero ya sabía la respuesta: ese tiempo había pasado.

Paula se mostraba estoica, pero yo me desmoroné. Me excusé y salí al aparcamiento para llamar a mi hermano. Jacques era ocho años mayor que yo, y trabajaba como redactor y periodista independiente. A pesar de su ajetreada agenda, siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Jacques era mi sostén. Cuando oí su voz, me vine abajo. Apenas pude pronunciar ahogadamente mis palabras. *Cáncer cerebral. Terminal. Solo unos meses de vida.* ¡Tenía treinta y cuatro años, maldita sea! Amaba mi trabajo. Amaba a mi esposa. Amaba mi vida. Puede que suene a cliché, pero cuando te dan una sentencia de muerte realmente piensas para tus adentros: *¿Cómo puede estar pasándome esto? ¿Cuándo voy a despertar de esta terrible pesadilla?*

Y eso fue lo que le dije a Jacques entre sollozos. ¿Cómo puede estar pasándome esto? He intentado ser una buena persona. He intentado hacer las cosas bien. ¿Me había dado un golpe en la cabeza? ¿Había comido algo malo?

—David —me dijo él finalmente—, tienes que ser más fuerte.

Así era mi hermano. ¡Ánimo! ¡Duro con ello! ¡Sé valiente! Yo quería serlo por Jacques. Por Paula. Por mis alumnos. No quería parecer débil, impotente, fuera de control. Inspiré pro-

fundamente una vez, luego otra, y entonces salieron atropelladamente de mi boca, como de la nada, unas palabras que nunca habría esperado.

—No te preocupes, lo tengo controlado —dije.

Y aún más extraño que oír esas palabras fue saber que era así.

2

Después de una buena y abundante llorera, Paula y yo nos dirigimos a casa de mis padres para pasar allí el Día de Acción de Gracias. ¡Cómo lo cambia todo un diagnóstico fatal! Antes no veía la hora de que llegara Acción de Gracias. Era mi festividad preferida, y la única en la que mamá desplegaba todos sus recursos, sacando su vajilla de plata buena y su porcelana fina, y hasta la cristalería que sonaba cuando la tocabas. Toda mi familia más cercana estaría allí —mamá y papá; Jacques, su esposa, Tal, y sus chicos, Emanuel y Noah; y mi hermano mayor, Maurice, su esposa, Michelle, y sus hijos, Jacques y Zach (hacía más de treinta años que no nacía una niña en la familia)—, además del resto de los parientes. Normalmente éramos entre veinte y treinta y cinco personas. Hacían falta largas mesas plegables que se extendían desde el comedor hasta la sala de estar para acomodar a todo el mundo. Ese era siempre el mejor momento. La gente empezaba a aparecer hacia las cinco, y Jacques y yo hacíamos de camareros mientras todos charlaban poniéndose al día antes de la cena. El principal evento tenía lugar hacia las siete, y siempre incluía un pavo del tamaño de un Toyota Prius con toda la guarnición clásica.

El viaje de Miami a la casa de mis padres en Pembroke Pines, una urbanización de color pastel, duraba unos cuarenta minutos. Paula tenía el permiso provisional de conductora en

prácticas, y aunque por regla general hacía cualquier cosa para evitar sentarse tras el volante, esta vez se ofreció a conducir, y yo me alegré de que lo hiciera. Yo ya había decidido que sería fuerte cuando les dijera a mis padres lo del cáncer, pero temía la conversación e intentaba prepararme. Sabía que mamá se vendría abajo, y lo último que quería era arruinar el que para ella era el día más especial del año.

Jacques y su familia ya estaban allí cuando aparecimos Paula y yo. Habían llegado en avión desde Nueva York unas dos horas antes. Estábamos todos sentados en la sala de estar, y decidí que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para darles la noticia a mis padres. Todavía faltaban unas horas para que llegaran los otros invitados, de modo que todo el mundo tendría la posibilidad de recuperarse. Consciente a ultranza de mi lenguaje corporal, intentaba obligarme a transmitir seguridad en mí mismo: *Échate hacia atrás. Cruza las piernas. No cruces los brazos. La mirada relajada.* Mis padres estaban sentados en el canapé frente a mí (estaban a punto de celebrar cuarenta y siete años de matrimonio, y todavía se sentaban juntos).

—Bueno —dije, en un tono tan despreocupado como si estuviera a punto de dar el parte meteorológico local—, tengo los resultados de la resonancia del doctor Damski.

A mamá se le heló el rostro.

Tal, percibiendo que se avecinaba algo serio, o quizás porque Jacques ya se lo había dicho, se levantó para reunir a los chicos e incorporarlos a la conversación. Al principio me preocupó la idea de que los niños, de once y ocho años, eran demasiado pequeños para oír lo que yo iba a decir. Pero al mismo tiempo, tener a mis sobrinos allí me hizo sentirme todavía más motivado para mantener la calma y mostrarme tranquilizador.

—¿Y qué? ¿Qué te ha *dicho*? —preguntó mamá.

Al ver el miedo en sus ojos me entraron ganas de llorar. Pero eso habría frustrado mi propósito. En lugar de ello, repetí como un loro lo que me había dicho el médico, empleando la misma jerga médica que yo no había entendido, pero que más tarde había encontrado en la Wikipedia: «El glioblastoma multiforme es el tumor cerebral primario maligno más común y agresivo en los humanos, afecta a las células gliales, y representa el 52 por ciento de todos los casos de tumores cerebrales de tejidos funcionales y el 20 por ciento de todos los tumores intracraneales. El glioblastoma multiforme es raro, con una incidencia de 2-3 casos por 100.000. El tratamiento puede incluir quimioterapia, radiación y cirugía». Omití la última parte: «La supervivencia media con tratamiento es de quince meses. La supervivencia media sin tratamiento es de cuatro meses y medio».

Mi madre prorrumpió en llanto; la clase de llanto reservada a la aflicción que te deja incapacitado. Eso me asustó, y se me rompió el corazón por ella.

—Mamá —le dije, en tono tranquilizador—, te quiero mucho, pero tienes que calmarte. Saldré adelante. Todo irá bien.

—¿Qué significa todo esto? —me preguntó, ahogando sus palabras entre plañidos.

Miré a Paula, que estaba sentada a mi lado, confiando en que tal vez ella tuviera una respuesta; pero no dijo nada. Entonces decidí explicar cuál era el problema que tenía, tal como había hecho el médico. Juntando los puños, dije:

—Este es el tamaño de tu cerebro. —Abrí la mano derecha—. Esta mano representa mi cerebro sano, que se ve aplastado contra el cráneo por el crecimiento de este tumor —añadí, mostrando el puño derecho.

En ese punto me interrumpió Emanuel, mi sobrino de once años:

—¿Y cómo lo has cogido? —inquirió.

Buena pregunta, pensé yo.

—No lo sé —le respondí con franqueza—. Simplemente les ocurre a algunas personas. Es muy raro, y la mayoría de la gente a la que se le diagnostica suelen ser niños o gente muy anciana. En realidad, es muy bueno que alguien como yo tenga este tumor. Estoy sano en todos los demás aspectos, y fuerte, y tengo todas las posibilidades de vencerlo.

Incluso a mí me sonó convincente.

Mi padre es artista y una persona muy sensible, y se expresa maravillosamente con la pintura, pero normalmente se queda corto cuando se trata de transmitir sus sentimientos con palabras. Su modo de afrontar la noticia fue la negación.

—Vale —dijo finalmente, con peculiar brevedad—. Tú puedes afrontarlo. Saldrás adelante.

Misión cumplida. Papá cambió de tema, pasando a hablar de uno de sus amigos que sufría de epilepsia (y de que ¡al menos yo no tenía algo así!), y nos pusimos a hablar de cosas triviales como la familia que éramos antes de que la palabra *cáncer* irrumpiera en nuestras vidas.

Más tarde, cuando llegaron todos los demás, tías y tíos y primos y viejos amigos de la familia, intenté actuar como el antiguo David. Despreocupado. Siempre dispuesto a pasar un buen rato. Por lo que yo sabía, nadie más se había enterado de mi enfermedad, y eso haría más fácil tratar de olvidarla durante el día. Pero me equivoqué. Mientras Jacques y yo mezclábamos bebidas y servíamos vino, mi primo Danny se me acercó con paso tranquilo.

—He oído que estás enfermo —me dijo.

Contuve el aliento. Luego pasé a interpretar directamente el papel que había ensayado para mis padres.

—¡Ah, sí!, me están mirando algo que tengo en la cabeza —le respondí, haciendo todo lo posible por parecer animado.

—¿Tienes cáncer? —inquirió.

Yo suspiré e intenté seguir pareciendo despreocupado.

—De momento ni siquiera me han hecho una biopsia. Aún no sabemos nada.

Sí, estaba intentando quitarle hierro al asunto, pero Danny no desistió.

—¿Qué clase de cáncer es? —insistió.

Yo había pasado la noche antes estudiando el papelorio que me había dado el médico, y ahora se lo recité de nuevo a Danny en términos que resultaban con mucho demasiado técnico para que él los entendiera, como tampoco yo había sido capaz de entenderlos al principio.

—Tengo un glioblastoma multiforme —le dije—, de cuarenta y tres milímetros de diámetro. —Danny se quedó mirándome sin comprender, de modo que volví a intentarlo—. Es un tumor en el lóbulo temporal derecho, más o menos del tamaño de una pelota de golf —expliqué.

—¿Y cómo te encuentras? —me preguntó.

No sé qué fue lo que me permitió caer en un momento de abandono, pero de repente todo lo que había estado reprimiendo salió en tromba. Describí las dolorosas sensaciones de hormigueo que había estado sintiendo en todo el lado izquierdo del cuerpo, y los ataques que me dejaban enfermo y cansado.

—Esto ocurre al menos cinco veces al día —dije—, y cada vez es como una descarga eléctrica.

Volví a mirarle, y esta vez vi lágrimas en sus ojos.

—Lo siento mucho —me dijo—. ¡Es terrible! De verdad que lo siento.

Me lo repitió una y otra vez. Yo le dije que también lo sentía. Sentía haber bajado la guardia y haberle arruinado el Día de Acción de Gracias.

En aquel momento tomé una nota mental para mis adentros: *Yo interior* —me dije—, *¡no vuelvas a hacer eso! Contar la verdad sobre tu cáncer es hacerle una mezquindad a la gente. Lo que la gente necesita oír es algo que les deje aliviados. De todos modos tampoco pueden hacer nada por ti. A partir de ahora diles: «¡Estoy bien!» De ese modo pensarán: «¡Estupendo! ¡Está bien!»*

Viendo la reacción de mi primo comprendí que, si le hablaba demasiado a la gente de mi salud, ellos se retraerían y se abstendrían de compartir sus propios problemas conmigo por temor a ser una carga. Y eso era lo último que quería. Yo sabía que el cáncer me cambiaría, pero no iba a permitir que me privara de las cualidades que más valoraba en mí mismo, y entre las primeras se contaban el optimismo y la empatía. Yo siempre era alguien que animaba y ayudaba a los demás, y el último en compadecerme de mí mismo o en pedir ayuda.

Así se inició el papel que iba a representar durante los seis años siguientes.

—¿Cómo estás?

—¡Bien, no puedo quejarme! ¿Y tú?

Era un papel al que me acostumbraría y en el que a la larga llegaría a creer.

Aquella noche insistí en conducir al regresar a casa desde la de mis padres. Resultaría ser una de las últimas veces que conduciría mi querido Mustang antes de que lo cambiáramos por algo más práctico, una cosa que a mí me daría la impresión de una tostadora gigante, pero que parecía lo bastante segura para que la condujera Paula. Durante trece años yo la había llevado a todas partes: al supermercado, a las visitas con los médicos, a comprar cada uno de los pares de zapatos que tenía... Ahora ella hablaba de sacarse el permiso de conducir. No se me escapaba la ironía. Paula se daba cuenta de que yo

no era lo bastante fiable para seguir dependiendo de mí. Probablemente estaría muerto antes de que ella hubiera aprendido siquiera a aparcar en paralelo.

Enfilé la entrada de casa alrededor de la medianoche. Paula se fue derecha a la cama, pero yo no podía dormir, y decidí levantarme y preparar mi clase del lunes siguiente.* Me senté en mi escritorio, y entonces el pánico me sacudió como un rayo. *¡Mis alumnos! —pensé—. Tendré que ausentarme para la biopsia. Nunca he pedido un día libre en la escuela. Querrán saber dónde estoy. ¿Qué demonios les diré? ¿Qué diablos puedo decirles?*

Aquel fin de semana pasé todas mis horas de vigilia preparando mi charla y practicándola hasta que me pareció correcta. Me escribí y reescribí notas a mí mismo, y me hablé ante el espejo para asegurarme de que mis expresiones faciales coincidían con el mensaje que quería transmitir. A medianoche del domingo lo tenía todo ensayado.

*En Estados Unidos el Día de Acción de Gracias siempre es un jueves, y el día siguiente, viernes, es fiesta escolar. (N. del T.)